

EFEMÉRIDES

12 de octubre de 2021

Nº 11

12 DE OCTUBRE DE 1492

DOCE DE OCTUBRE DE LA HISPANIDAD A LA IBEROSFERA





Desembarco de Colón. Dióscoro Puebla (1862).

Parece que las polémicas sobre términos como “conquista” fueran recientes, propias del activismo postcolonial o del nuevo anti imperialismo de moda en tantos círculos académicos, intelectuales y políticos. En realidad, la palabra “conquista” suscitó pronto algunos problemas. Ya en 1573 la Corona prefiere hablar de “pacificaciones”. No se quería dar pábulo a la propaganda antiespañola, pero también se trataba de algo más, desde el estatuto de los territorios que habían sido incorporados a la Corona española desde 1492 hasta la posición de los españoles allí instalados y, también, la situación de los seres humanos que poblaban aquella gigantesca extensión de más de 2.500.000 km² ya en el siglo XVI.

Cuando la llegada a las islas del Caribe, el asunto no planteó demasiados problemas, salvo para algunos religiosos exigentes. Cuando se alcanzó

al continente, la percepción se complicó. Algunas de aquellas poblaciones cometían atrocidades sin cuento, sin duda, pero la sofisticación de la cultura, las ciudades, las comunicaciones, los sistemas complejos de poder y de relaciones sociales hacían innegable que las Indias, o América, no eran sólo el territorio donde reinaba un buen salvaje, incapaz de defenderse de aquellos occidentales recién venidos de uno de los reinos más poderosos y avanzados de Europa.

Por eso las precauciones sobre la utilización de un término como “conquista” van más allá de lo que hoy se llamaría una cuestión de comunicación. Tienen consecuencias, y vienen precedidas de acciones y disputas bien conocidas: desde la obsesión de la Corona española por obtener la mejor información acerca de los nuevos territorios y sus poblaciones, hasta la afirmación del poder de la Corona —es decir, del Estado— frente al establecimiento

de una nueva aristocracia como aquella cuyo poder político los Reyes acababan de anular en la península. Sin olvidar, claro está, los debates acerca de la legitimidad de esa misma conquista y la protección de las poblaciones americanas ante los mismos *conquistadores*, rasgos propios de la presencia española en el Nuevo Mundo y que la distinguen de otros procesos de expansión.

La empresa política estaba encaminada a incorporar el continente recién descubierto a la Corona española. Por ello pronto se consideró a los habitantes de estos territorios como súbditos de la Corona, con el mismo estatus que los nacidos en la España peninsular. Se introdujeron leyes españolas y se creó un corpus jurídico específico, inspirado del español y adaptado a las nuevas circunstancias. Se llevaron instituciones políticas y culturales, como el sistema de justicia y los virreinos, y se creó, como no podía ser menos en

gente mediterránea, de origen latino, por tanto, una tupida red de ciudades que representaban aún mejor que las de la península la idea que tenían los españoles de la sociedad en la que querían vivir. Si en algún sitio se encuentra plasmada la idea que de España se hacían los españoles, es en las ciudades americanas donde hay que buscarla.

Y junto al esfuerzo de la Corona y sus funcionarios, el proyecto se complementaba con la evangelización. La evangelización significaba reconocer la humanidad de las poblaciones del Nuevo Mundo y otorgarles una dignidad propia, que la nueva autoridad española debía respetar.

El continente americano se incorporaba a la humanidad por medio de una religión de alcance universal, que iguala a todos los seres humanos en una comunidad fraternal. Como en todas partes, la llegada del cristianismo, de mano de los españoles, significó un cambio muy

profundo en el estatuto mismo de las poblaciones americanas. Quedaban desterradas prácticas y supersticiones juzgadas, con razón, abominables. Sobre todo, se instauraba una nueva realidad espiritual y política. América se incorporaba a esa peculiar forma de ser hombre, caracterizada por la igualdad y la fraternidad, cuya obra ha sido el legado de los españoles. No es casualidad que esos mismos religiosos, que la Corona tenía el deber de proteger, se enfrentaran, en más de una ocasión, con los proyectos españoles para América, ya fueran oficiales o particulares, en América: desde fray Antonio de Montesinos, con su célebre sermón de 1511 en Santo Domingo en defensa de los “indios” frente a la codicia y la crueldad de los encomenderos, a los jesuitas con sus “reducciones” destinadas a proteger a los americanos, expulsados en el siglo XVIII por un gobierno ilustrado.

Al mismo tiempo, esos españoles, enfrentados a su vez a una parte hasta ahí inimaginable de la humanidad a la que ellos pertenecía, harán un esfuerzo considerable por entenderla en sus propios términos. Se fijarán y se preservarán algunas de las lenguas americanas siguiendo el modelo de la Gramática de Nebrija, publicada en 1492. Algunas de ellas siguen vivas hoy en día. Se investigarán las antigüedades, la historia y las tradiciones americanas, y se tendrán en cuenta las formas de relaciones sociales para acomodar a ellas la nueva legislación traída de Europa.

De fondo, se dibuja una utopía americana en la que la unidad política y religiosa permite el pluralismo de lenguas y de costumbres. Es un proyecto genuinamente español, difícil de imaginar en otros países de la Europa de la época, pero también profundamente cristiano, en este caso católico. La cuestión racial, tan dura en tantos lugares, cobra aquí un significado distinto. Aunque,

como era inevitable, prevalecerán los españoles y los nacidos de españoles -los “criollos”-, la sociedad americana presentará rasgos específicos con su mezcla inédita de “castas”. Como en el caso de la España de antes del siglo XVII, esa sociedad mezclada suscitará la desconfianza de muchos otros europeos. Estos son, en buena medida, los mismos que manipularon la conquista española hasta elaborar con ella lo que desde hace un siglo se denomina la “leyenda negra”. El escándalo moral convertido en arma de propaganda disimulaba apenas actitudes de desprecio hacia quienes no compartían sus obsesiones raciales.

Del lado americano, y una vez superado el cataclismo demográfico y cultural, también empezó la elaboración de algo distinto y propio. Lo habían iniciado los propios españoles, con un poema épico, *La Araucana*, en el que Alonso de Ercilla celebra la resistencia “india” a los españoles. El inca Garcilaso, nacido de un español y una princesa americana, reivindica en sus *Comentarios reales* el apelativo de mestizo: “Me lo llamo yo a boca llena y me honro con él”, seguramente porque, como él mismo dice, “en Indias si a uno de ellos les dicen sois un mestizo, lo toman por menosprecio”. Guamán Poma -o Felipe Guamán Poma de Ayala- escribe su “corónica” andina en un castellano nuevo, como recién creado, entreverado de quechua, y Fernando de Alba Ixtilxóchitl, descendiente de una casa real mexicana prehispánica y estudiante del náhuatl clásico, teniendo de maestro a un discípulo de Bernardino de Sahagún en el colegio franciscano de Santa Cruz de Tlatelolco, se esforzó por reivindicar su linaje en sus obras escritas... El movimiento se reafirmará en el siglo XVII, con grandes escritores, estudiosos y cronistas, entre los que no faltan las mujeres, como Sor Juana Inés de la Cruz. Así acaba emergiendo una identidad específica, fruto



Monumento a Colón en Barcelona.

de la presencia española, la recuperación por los propios criollos de su historia prehispánica, un orgullo patriótico basado en una realidad social y económica brillante, con intereses propios y una configuración social sin parangón. También con sus santos y sus cultos propios, como santa Rosa de Lima, san Pedro Claver, que dedicó su vida a socorrer a los esclavos traídos de África, o la Virgen de Guadalupe.

Así es como cuaja una unidad política extraordinaria, una España al mismo tiempo europea y americana, con extensiones en África y en Asia. Desde el primer momento, poco después de que llegaran las noticias del primer viaje de Colón, fue concebida como una unidad a escala planetaria: la primera de la historia de la humanidad, en términos políticos, culturales, comerciales y económicos. Nunca se había llevado a cabo tal empresa y nunca se volvería a llevar a cabo, porque nunca nadie podría igualar la originalidad hispánica de tener en cuenta al mismo tiempo la conciencia de la unidad ("Porque siendo de una Corona los Reyes de Castilla y de las Indias las leyes y orden de gobierno de los unos y de los otros deben ser lo más semejantes y conformes que ser pueda") y lo que ese mismo texto llamaba "la diversidad y diferencia de las tierras y naciones". (*Recopilación de Indias*, libro 12, título 2, ley 13)

El equilibrio era mucho más sólido de lo que a veces se pensó, y la Monarquía española acabó por constituir, en el siglo XVIII, un ejemplo de integración, prosperidad, orden y buen gobierno, con ciudades que estaban entre las más ricas y cultas del mundo, como Buenos Aires, Lima y México, universidades de primera categoría y grandes empresas de alcance global. El éxito español no gustaba mucho a algunos ilustrados europeos, siempre obsesionados con la homogeneidad cultural, aunque fascinó a otros, grandes científicos



Colón llega a América. Gergio Deluci.

como Humboldt, que con su Viaje -que seguía el ejemplo de otras expediciones científicas patrocinadas por la Corona-, contribuyó a fijar la imagen de un continente unificado y con conciencia de su singularidad.

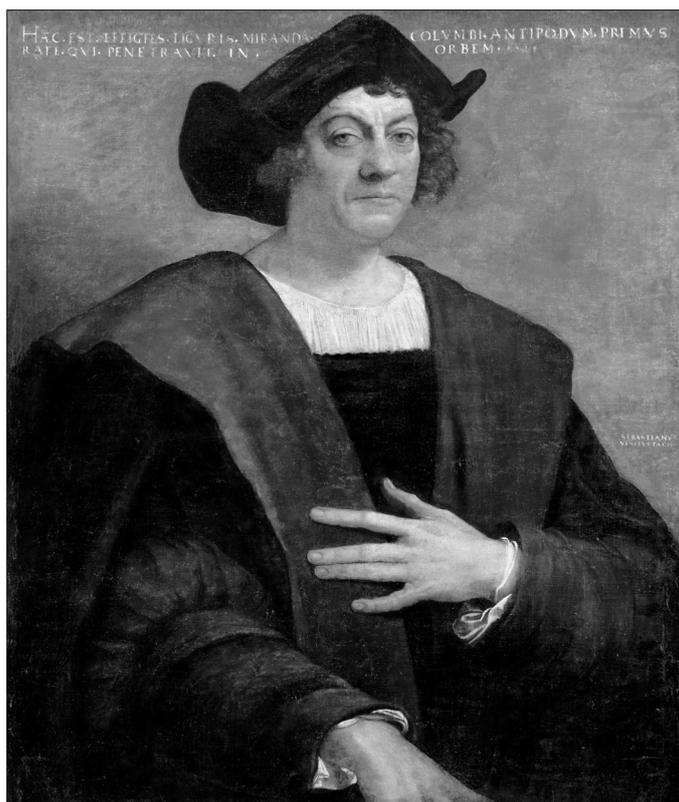
La última gran originalidad política de aquella construcción

fue organizar unas elecciones planetarias, para que el conjunto de la población española estuviera presente en el debate y la promulgación de la Constitución de 1812. Fue la primera Constitución española, pero también la primera -y la última- de la que se dotaron

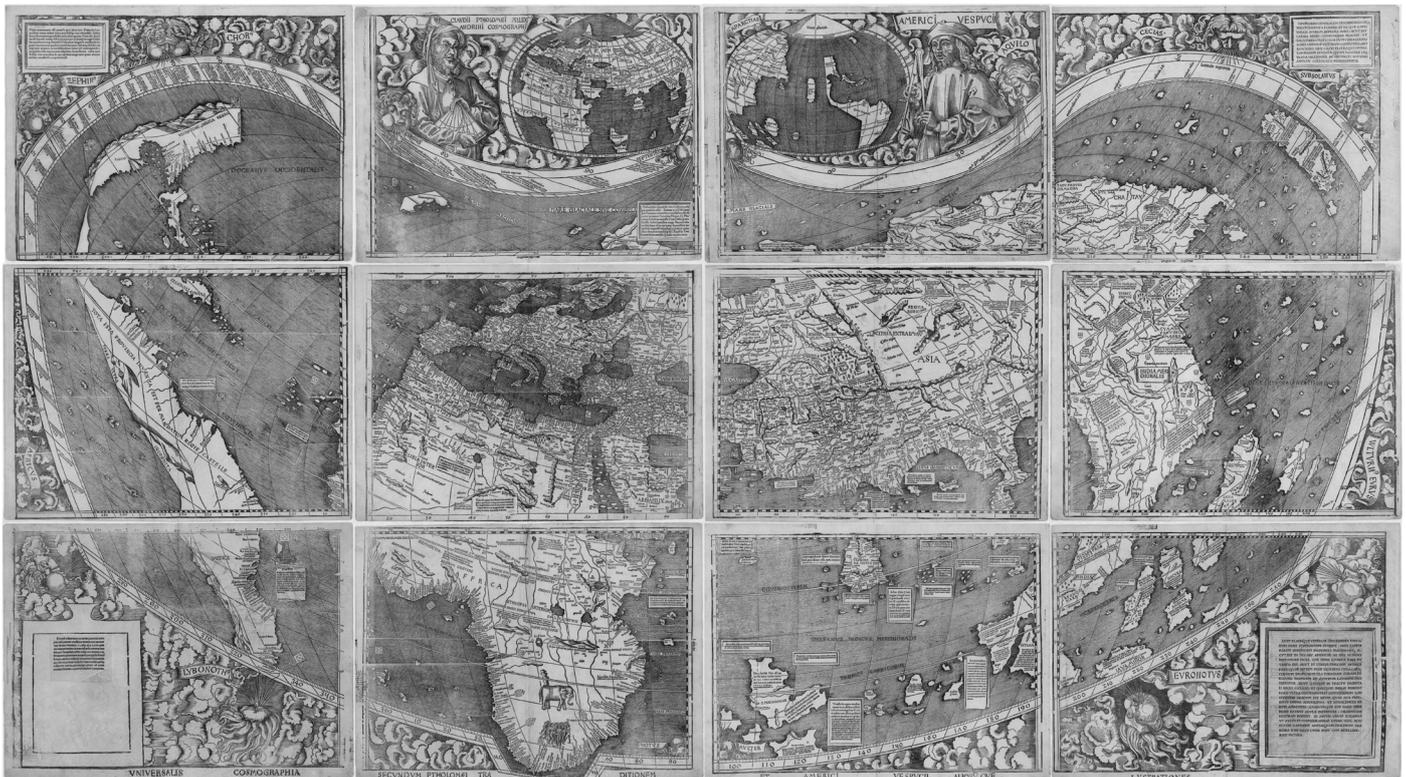
los españoles de cuatro continentes, como va detallado en el Título II. La Guerra de la Independencia restó brillantez al intento, pero no ambición, ni generosidad: entonces los españoles seguían pensando en grande.

La forma en la que desapareció la España de la Monarquía hispánica impidió que ese mundo conservara los lazos políticos que hasta ahí lo habían unido, siempre bajo la guía de la Corona. Ahora bien, de todo aquello queda hoy mucho más que un recuerdo. La *nueva España* sigue viva en el idioma, las costumbres, en las mentalidades y, a veces, en la religión. Nos legó una comunidad cultural que recibió su nombre hace un siglo y que hoy, superadas las polémicas, recordamos como merecerlo: la Hispanidad.

La Hispanidad va mucho más allá de cualquier rasgo de carácter, de cualquier peculiaridad cultural. Alcanza a ser, en realidad, una forma de ser occidental: la forma en la que los *hispanos* hacen suyo Occidente y lo reinventan desde su perspectiva propia. Son muy pocos los países que presentan, incorporada a su propia idea



Cristobal Colón. Sebastiano del Piombo (1519).



Mapa de Waldseemüller (1507). Primer mapa que incluye el nombre América y el primero en representar las Américas separado de Asia.

nacional, una dimensión como esta, propiamente mundial. Y si la obra de españoles de uno y otro lado del Atlántico ancló al continente americano en Occidente, también proporcionó un carácter peculiar a la cultura y a la nación española. Ahora lo empezamos a vivir de nuevas gracias a la incorporación a la sociedad española de americanos que son tan españoles como los nacidos aquí. Siempre ha estado presente, en realidad. Para un español, la Hispanidad refleja la naturaleza americana de su propio país. Naturaleza que no se limita a lo que llamamos Iberoamérica, y que también está presente en los Estados Unidos de América del Norte, allí donde la presencia española aún se percibe en nombres, en costumbres, en tradiciones locales. También allí ha sido renovada por la presencia de hispanos o latinos que, integrados en su nuevo país, no renuncian del todo a su propia identidad cultural.

La naturaleza europea de nuestro país está fuera de cualquier duda. Va mucho más allá, y es más profunda, de lo que el consenso europeísta de las elites de las últimas décadas deja

suponer. Nunca hemos dejado de ser Europa y lo hemos sido, de hecho, tanto o más que cualquier otro país europeo. Ahora bien, en el momento preciso en el que se constituía el Estado español y se abría paso la Nación española, el Nuevo Mundo introducía una proyección distinta y propia, que convirtió

a todos los *iberoamericanos*, incluidos aquí portugueses, españoles (y andorranos). La fórmula en la que esta comunidad de naciones se institucionalizó en los años 90 -las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno- han sido un buen instrumento de diálogo mientras Latinoa-

encontrado en la reivindicación identitaria contra España una fuente de legitimación propagandística.

En buena medida, esta nueva oleada del ya bien conocido indigenismo, esta vez post-moderno y neocomunista, es un ataque a la occidentalidad de Iberoamérica. En el nuevo escenario geoestratégico, Iberoamérica, con buena parte de los países que la componen, en plena crisis económica e institucional, corre el riesgo de alejarse de los valores que la fundan e iniciar un experimento nuevo. De ser así, se produciría una deriva de consecuencias imprevisibles.

Es en este punto donde la Hispanidad merece ser rescatada, a ambos lados del Atlántico, y donde cobra todo su sentido lo que es su prolongación natural, como es la Iberosfera. La Iberosfera viene a ser la continuación, en términos de cooperación e intercambio, no estatal ni gubernamental, formada de actores políticos y culturales, del perpetuo intercambio de intereses y valores que constituye la Hispanidad. Se trata de elaborar posiciones comunes en

La Iberosfera viene a ser la continuación del perpetuo intercambio de intereses y valores que constituye la Hispanidad

a España en una nación europea y americana a la vez.

Por eso, aunque sepamos distinguir Hispanoamérica de nuestra propia realidad nacional, y aunque España no tenga la menor aspiración de ocupar ningún rango superior ni especial en la región, podemos hablar de Hispanidad como de una unidad que nos reúne

mérica mantenía una cierta capacidad para aunar voces e intereses. Hoy sigue siendo útil como lugar de encuentro, aunque la nueva situación de fragmentación política en América Latina les ha restado operatividad. Y esta fragmentación está relacionada con un resurgimiento de movimientos, a veces neocomunistas, que han

favor de la libertad económica y de la democracia. También, de no rendirse a los ataques que sufre la libertad en América y en España, y de reivindicar el espíritu que nos une, la Hispanidad, como inspiración y fundamento de una posición común. Hay que respaldar e impulsar, aquí y allí, los movimientos y las personas que están dispuestos a liderar este nuevo compromiso con ese espacio de libertad que es Occidente, y del que la Hispanidad es una fórmula viva y original. Se trata de apuntalar el anclaje de América Latina en Occidente y, en nuestro propio país, de contribuir a que España no eche a perder su unidad y su adhesión a la libertad.

Para ello tenemos muchos elementos de los que podemos echar mano: la Corona -a la que su propio prestigio y su propia posición rescatan de cualquier tentación de intrusión intervencionista-; la importancia de las inversiones y los intereses comunes; la presencia de españoles en los países iberoamericanos y de iberoamericanos en España, donde están llamados a jugar un papel político de primera importancia... En una palabra, la Hispanidad, que nos convoca a participar como agentes activos en el nuevo impulso de la Iberosfera.

Sería una paradoja que España, que en su momento se fundió con el Nuevo Mundo para crear esa nueva entidad occidental que es la Hispanidad, olvidara ahora su naturaleza o, peor aún, que contribuyera a destruir ese mismo espacio cultural y de intereses comunes. Iberosfera significa también cultivar el lazo de unión destinado a evitar que ese movimiento suicida continúe envenenando nuestra sociedad, nuestra comunidad y nuestra forma de ser.

El recuerdo de un pasado extraordinario y la presencia de una actualidad que lo continúa y lo renueva está en el centro de la conmemoración de esta fecha, que es al mismo tiempo fiesta nacional y fiesta iberoamericana. Hay mucho que celebrar este Doce de Octubre.



Ilustraciones de la obra : *Cristóbal Colón : historia del descubrimiento de América* por Francisco Serrato (1893). Observación con astrolabio. Instrumento de navegación astronómico antiguo utilizado para determinar la latitud y la longitud de la posición.